
Reseñas Bibliográficas

Mario Rapoport y Eduardo Madrid. *Argentina-Brasil. De rivales a aliados. Política, economía y relaciones bilaterales.* Buenos Aires, Capital Intelectual, 2011, 356 p.

Este libro aparece, por varios motivos, en un momento crucial de la historia de ambos países. En primer lugar, porque el acercamiento entre Argentina y Brasil, iniciado en el Encuentro de Iguazú de 1985, a pesar de algunos vaivenes sobre todo entre 1999 y 2002, continúa hasta el presente y ha cristalizado –como bien afirman ambos autores– una alianza entre ambos países que contrasta con anteriores momentos de rivalidad, recelo y alejamiento. En segundo lugar, porque ambos países son los pilares del MERCOSUR, que ya lleva más de dos décadas siendo el principal espacio de la inserción regional de ambos y uno de los principales bloques de integración de la región. En tercer lugar, porque en estos últimos tiempos, el crecimiento y despliegue del gigante sudamericano, posicionó a Brasil como líder regional, lo constituyó en miembro del Grupo BRICS y en un importante actor dentro del “Grupo de los 20”, valiéndole el mote de “jugador global”, y solidifica su aspiración a lograr un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU; sin por todo ello relegar una buena relación con Argentina y el resto de sus vecinos. Por último, porque las políticas exteriores de ambos países en los últimos años, han priorizado la construcción de una agenda regional común que prioriza la unidad por encima de las diferencias y las tensiones.

En este libro, Rapoport y Madrid¹ recurren a la Historia y al método comparativo para abordar algunas características que expliquen las divergencias entre ambas

¹ Ambos autores han trabajado la relación entre ambos países, sus políticas exteriores y regionales y su actuación en los diferentes proyectos de integración regional. Véanse Rapoport Mario (1995): *Argentina y Brasil en el MERCOSUR. Políticas comunes y alianzas regionales*, Buenos Aires, GEL; Madrid Eduardo (2010): “Argentina y Brasil: economía y política exterior bajo regímenes dictatoriales 1976-1983” en *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, Buenos Aires, año XX, Vol. XIX, N°37/38; de ambos autores: “Los países del Cono Sur y las grandes potencias”, en Rapoport Mario y Cervo Amado Luiz (comp.) (2002): *El Cono Sur. Una historia en común*. Buenos Aires: FCE. A su vez, *De Rivales a Aliados* complementa y actualiza otros trabajos

naciones como así también los desafíos y necesidades compartidas. Por ejemplo, recorren las políticas económicas y las políticas exteriores en los diferentes contextos históricos que transcurren desde la formación de los actuales territorios de ambos países como Estados Nacionales hasta los tiempos recientes de Lula y Kirchner. Analizan también la evolución de sus economías en los mismos contextos regionales y mundiales, las visiones de desarrollo diferenciado que tuvieron lugar y algunas formas contrastantes que adquirió el crecimiento en ambas economías durante el último tercio del siglo XX. Los celos y las tensiones bilaterales entre ambos países, son también objeto de análisis de ambos autores. Sin embargo, a lo largo de toda la obra recuperan los desafíos, necesidades y perspectivas políticas que posibilitaron la constitución de un eje común entre ambos países que ha persistido a pesar de aquellos contrastes.

La estructura del libro tiene tres grandes capítulos donde cada uno abarca un recorrido histórico de casi dos siglos sobre los temas que aborda. En el primero, se analiza la formación de los estados nacionales, la evolución de las políticas exteriores haciendo hincapié en el vínculo de ellas con Estados Unidos, las relaciones bilaterales entre ambos países desde comienzos del siglo XIX hasta el acercamiento a mediados de la década del ochenta del siglo XX, con la creación del MERCOSUR y el vuelco que tuvo aquel acercamiento con Lula y Kirchner desde 2003 en adelante. En el segundo, se realiza un exhaustivo análisis comparado de la economía y la política de ambos países. Por ejemplo, de las diferentes políticas económicas nacionales, sus despliegues en el marco de las relaciones triangulares con Gran Bretaña y Estados Unidos, los procesos de industrialización, el endeudamiento externo y las recientes políticas de corte más heterodoxo. En el tercero de ellos, se aborda un recorrido por los procesos de integración que ambos países formaron parte, desde las Conferencias Panamericanas desde fines del siglo XIX y durante la primera mitad del XX, hasta el proceso de gestación y desarrollo del MERCOSUR y la reciente UNASUR.

La rigurosidad histórica, la acertada agenda de problemas de la historia de ambos países, la apelación a la comparación y, sin duda, el equilibrio logrado entre el estudio de las diferencias, los celos y alejamientos y, al mismo tiempo, el análisis de los rasgos comunes que posibilitan el acercamiento y la formación

comparativos sobre ambos países como los de: De la Balze Felipe (comp.) (1995): *Argentina y Brasil. Enfrentando el siglo XXI*. Buenos Aires: ABRA / CARI; Lavagna Roberto (1998): *Argentina, Brasil, MERCOSUR, una decisión estratégica*, Buenos Aires, Ediciones Ciudad Argentina; Madrid Eduardo (2003): *Argentina-Brasil: la suma del sur*. Mendoza, Universidad de Congreso; Lechini Gladys, Klagsbrunn Victor y Gonçalves Williams (comps.) (2009): *Argentina e Brasil. Vencendo os preconceitos. As várias aristas de uma concepção estratégica*. Río de Janeiro: Ed. Reván; Arroyo Mónica y Zusman Perla (coord.) (2010): *Argentina y Brasil. Possibilidades e obstáculos no processo de integração territorial*. Ed. Humanitas, Universidad de San Pablo, Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, San Pablo / Buenos Aires, entre los más destacados.

de una posible alianza estratégica ente ambos países, son los principales méritos logrados por este libro.

En el cierre, argumentan que el acercamiento regional entre ambos países es una necesidad. De profundizarse, “la consolidación de la alianza implica una significativa elevación del estatus internacional de ambas naciones y constituye, al mismo tiempo, un factor de consolidación del MERCOSUR y del sistema sudamericano de cooperación y comercio. En este sentido, la suma de esfuerzos comunes debe estar vinculada a fortalecer la inserción de los dos vecinos en el mundo, potenciar el desarrollo conjunto y lograr una mejor distribución de los ingresos en ambas economías” (p.340).

En suma, este libro de Rapoport y Madrid estimula, en primer lugar, a seguir indagando la vinculación entre ambos países para lograr encontrar las causas de –y esbozar posibles respuestas a– los problemas actuales del presente y futuro inmediato de cada uno. En segundo lugar, estimula a continuar utilizando la perspectiva histórica comparativa para abordar el estudio entre Argentina y Brasil, de forma integradora de los diferentes aspectos económicos, políticos, sociales y regionales e internacionales, antes que explicar aisladamente cualquiera de ellos. En tercer lugar, estimula a avanzar sobre algunas características del pasado reciente de ambos países, como por ejemplo: la alta movilización social en Argentina desde fines de los noventa y durante la primera década del siglo XXI y su contraste con Brasil, donde los ciclos políticos y de conflictividad social fueron menores y más estables; los alineamientos, fraccionamientos y enfrentamientos en la clase dominante argentina a diferencia de la menor conflictividad y mayor homogeneidad política de la brasileña; la relación de ambos países con Venezuela, el nuevo socio pleno del MERCOSUR, que se ha convertido en un actor regional clave en los últimos años; por mencionar solamente algunos posibles temas a continuar indagando.

Julián Kan

Telma Luzzani. *Territorios vigilados. Cómo opera la red de bases militares norteamericanas en Sudamérica.* Buenos Aires, Editorial Debate, 2012, 560 p.

Analistas desprevénidos, cuando no cómplices, afirman la irrelevancia de América Latina en los planes geoestratégicos del Imperio Americano. En esta rigurosa investigación, en la que contó con la colaboración de Emiliano Guido y Federico Luzzani, la autora apunta a desmontar dicha afirmación y a demostrar que, luego de la Guerra Fría, nunca como ahora, la creciente presencia militar de los Estados Unidos en la región constituye un rotundo mentís al aserto en cuestión. El control de los océanos, el dominio de zonas estratégicas y el acceso fluido a los abundantes recursos naturales de la región explican la agresividad imperial.

Luzzani nos propone un trazado histórico a lo largo del cual, a partir de fines del siglo XIX, los Estados Unidos iniciaron el establecimiento de una red de bases

militares enhebrada por la lógica de la dominación imperial. Posteriormente, un incremento notable del número de bases se produjo durante la Segunda Guerra Mundial cuando la red que, en 1938 estaba integrada por 14 bases, pasó a tener 30.000 al finalizar el conflicto. El mantenimiento de los objetivos imperiales (abatir las barreras nacionales y los acuerdos bilaterales) se tornó imprescindible para concretar el ansiado “mercado universal”. Pero la expansión comercial y militar consecuente tropezó con el crecimiento de la Unión Soviética y la emergencia de la Guerra Fría que impedía la concreción de aquel mercado y obligaba a un nuevo esquema estratégico ahora condicionado por la sofisticación del desarrollo tecnológico aeronáutico y espacial. Estados Unidos redujo a 2.000 las bases oficialmente abiertas, eliminando las bases intermedias pero acoplando a la CIA a muchas de las sobrevivientes. Si bien el Pentágono no tuvo oficialmente bases militares en la América Latina, tenía oficinas en todos los ministerios de Defensa y en la jefatura de casi todos los comandos de las fuerzas armadas de la región. De esta manera, las fortalezas pasaron a constituirse en los medios necesarios para alcanzar los objetivos vitales de garantizar el libre acceso a los recursos de otros países y asegurar la libre circulación de sus mercancías. Cabe recordar que el presidente Truman desarrolló un programa gubernamental para ayudar a los países subdesarrollados -entre ellos los latinoamericanos- cuyo Punto Cuarto apuntaba a proteger los recursos naturales estratégicos de dichos países frente a medidas que condujeran a su nacionalización.

En la post Guerra Fría, Estados Unidos se convirtió en “la primera potencia global en la historia”, en condiciones de imponer, por fin, el capitalismo como el mejor sistema para la humanidad. Para ello rediseñó su esquema estratégico y adoptó un agresivo unilateralismo. A tal fin, la “amenaza comunista” fue reemplazada por supuestos nuevos peligros a combatir: el narcotráfico, el terrorismo, el flujo migratorio ilegal, los desastres naturales, etc. Por su parte, la retirada de los militares de la región de las funciones gubernamentales fue acompañada por el aumento de la “ayuda” militar norteamericana y el incremento de las bases militares bajo el control del Pentágono.

El imperativo estadounidense de estrechar la vigilancia de sus territorios atravesó tres momentos: en 1989, para reforzar un punto de apoyo estratégico, el ejército norteamericano invadió a Panamá; el año siguiente, llevó a cabo el cierre de las bases propias en ese país, tuvo comienzo el Plan Colombia -la mayor intervención militar de los EE.UU. en la región-, y la apertura de tres nuevas bases, una de ellas en Sudamérica (Manta, Ecuador); en 2008, dispuso la reactivación de la IV Flota del Comando Sur para patrullar los océanos de la zona austral del continente; y, finalmente, en 2009 cerró la base de Manta y procedió a la apertura de nuevas bases en Colombia. De esta manera se desplegaba la expansión militar de los Estados Unidos en una región pacífica y desnuclearizada.

Por otra parte, el sistema de bases fue reestructurado: en lugar de las viejas fortificaciones militares -caras e impopulares- el Departamento de Defensa estadounidense optó por bases pequeñas, camufladas como inofensivas pero convertibles en verdaderas bases militares en pocas horas. Tras una minuciosa pesquisa, la autora

identificó 72 bases militares de EE.UU. y la OTAN (entre ellas nuestras Malvinas) en distintos países de la región. Estos sitios de avanzada procuran asegurar el dominio militar en el espacio aéreo, marítimo y terrestre de la región, garantizar el acceso de las empresas norteamericanas a los mercados, controlar los recursos naturales y proporcionar negocios a la industria militar. Ello implica operaciones de espionaje como monitorear gobiernos, partidos políticos y organismos sudamericanos que en la óptica estadounidense pudieran significar un peligro para sus intereses.

Asimismo, Luzzani plantea los factores que, a su juicio, explican el avance militar norteamericano en la región. En primer lugar, el proceso de transformación que se desarrolla en América del Sur desde principios del nuevo siglo. Luego la debilidad relativa de EE.UU. y, finalmente, el crecimiento de China.

Desde fines del siglo XX, con el triunfo electoral de Chávez en Venezuela, la mayoría de los sudamericanos eligieron gobiernos que revalorizaban el rol del Estado y apuntaban al mejoramiento de las condiciones de vida de los sectores sociales más desprotegidos. Al mismo tiempo impulsaron procesos de integración y alianzas heterodoxas que contrariaban a Washington. La creación del Unasur, formada por doce de los trece países del subcontinente, a juicio de Luzzani fue la de mayor significación histórica.

La crisis de la deuda en los EE.UU. y los apremios que parangonan su actual situación a la crisis de los años 30, explican su debilitamiento relativo. En contraste, China se convierte en el mayor desafío al poder imperial estadounidense.

Con estos antecedentes, comienza a delinearse la hipótesis más destacable del libro de Luzzani. China aparece ante los Estados Unidos como la potencia que podría disputarle el reparto del poder, como un rival cuya expansión comercial y financiera en América Latina amenaza a la potencia hegemónica, con lo que se configura un potencial conflicto entre ambas hacia el año 2016, año en que, según el Banco Mundial, China se convertirá en la primera potencia económica del mundo.

La obra incluye un apéndice documental sumamente valioso, en el que puede encontrarse la nueva doctrina militar brasileña para la defensa nacional y un detalle de las personalidades entrevistadas, cuyas declaraciones son harto esclarecedoras. Con este bagaje no hay lugar para la distracción y, menos aun, para mentar la irrelevancia latinoamericana dentro de las ambiciones imperiales. Suscribir esta idea a contramano de los hechos es una expresión del carácter colonizado de la subjetividad y una invitación a bajar la guardia frente al avance imperial.

Ricardo Vicente

Ricardo Scavone Yegros, *Después de la guerra. Las relaciones paraguayobolivianas desde el Tratado de Paz hasta 1952*, Asunción, Servilibro, 2013, 169 págs.

Aunque pueda parecer extraño, teniendo en cuenta el vasto movimiento historiográfico que generó el conflicto por el Chaco Boreal, sus antecedentes y sus

derivaciones, hasta la fecha no habían sido estudiadas las relaciones paraguayobolivianas después de que se suscribiera el Tratado de Paz, Amistad y Límites, el 21 de julio de 1938.

Como es conocido, la larga controversia por la región chaqueña llevó a ambas Repúblicas a una cruenta guerra de tres años, en la que se calcula que murieron más de 35.000 paraguayos y 50.000 bolivianos. Sin embargo de ese alto costo, como bien lo resumiera el ingeniero Jorge T. Lavadenz, ni Bolivia logró una salida soberana al río Paraguay ni Paraguay logró conquistar terrenos que probablemente eran petrolíferos. La salida lógica era, por lo tanto, que los dos perdedores se pusieran de acuerdo para tratar de aminorar sus deficiencias y que ambos bandos trataran de olvidar sus tragedias y compensar los males del pasado con una amistad cordial y duradera.

Este libro es el primer abordaje sistemático de las relaciones bilaterales en los años de la posguerra, centrándose en las iniciativas y actitudes de los gobiernos, sus decisiones y el resultado de las mismas.

Varios estudios recientes de Ricardo Scavone Yegros (*Historia de las Relaciones entre el Paraguay y Bolivia en el siglo XIX*, *Historia de las Relaciones Internacionales del Paraguay*, *Guerra internacional y enfrentamientos políticos*) que constituyen el armazón de la presente publicación, avalan un notabilísimo conocimiento del tema refrendado, en cada caso, por un apreciable corpus de fuentes diplomáticas inéditas provenientes, en su mayoría, de los archivos de los ministerios de Relaciones Exteriores de Bolivia y de Paraguay. En efecto, el autor hace un uso exhaustivo de esos documentos; sin embargo, ese soporte queda matizado y contrastado con una buena selección bibliográfica entre la que destacan biografías, relatos autobiográficos y memorias editas de los principales actores políticos de ambos países lo que permite, al lector, el debate teórico e historiográfico en torno a las cuestiones que se van desentrañando.

La obra está estructurada en cinco capítulos. En el primero quedan planteadas las principales cuestiones que determinaron la agenda bilateral en los años inmediatos a la posguerra: la promoción del intercambio comercial, las condiciones para arribar a un acuerdo petrolero amplio y las iniciativas para alcanzar una efectiva integración física.

Tanto el gobierno de Paraguay, a cargo de Félix Paiva, como el de Bolivia, presidido por Germán Busch eran conscientes, en 1938, de que un medio eficaz para incrementar las relaciones consistía en promover el intercambio comercial. En pos de ese objetivo Paraguay garantizó, en el tratado de paz, el más amplio libre tránsito por su territorio, especialmente por la zona de Puerto Casado, de las mercaderías que llegasen procedentes del exterior con destino a Bolivia y de los productos que salieran de Bolivia para ser embarcados por dicha zona, pudiendo instalar allí agencias aduaneras y construir depósitos y almacenes. Se planteó, asimismo, conformar una comisión mixta para elaborar un *modus vivendi* comercial que sirviera de base para la negociación de un acuerdo definitivo de comercio. Al mismo tiempo ambos gobiernos tenían conciencia de que los inadecuados caminos

del Chaco representaban un inconveniente tremendo para concretar un tráfico mercantil activo pero que sólo por esa vía directa podían obtener beneficios reales, puesto que la indirecta, por territorio argentino, mediante la conexión ferroviaria entre La Quiaca, Embarcación y Formosa, presentaba la desventaja del alto costo del flete. Entre los testimonios que se presentan para mostrar esta condición se cita el de Federico Ávila, quien encabezó la Comisión Comercial boliviana de 1939 y dejó escrito que: "Al atravesar el Chaco Boreal, más de una vez le asalta al viajero este pensamiento: Ni aun llevando oro de Bolivia para traer del Paraguay piedras preciosas, se animaría el comerciante a efectuar con frecuencia este penoso recorrido. La verdad es que mientras no se solucione seriamente el problema máximo de las comunicaciones, es perder el tiempo hablar del intercambio comercial entre ambos países". De este modo, el plan para la construcción y financiación de una carretera o de un ferrocarril estaría permanentemente presente en las relaciones interestatales durante todos los años cuarenta pero tanto uno como otro gobierno, en distintos momentos, alegaron razones de índole económica y militar las que, en definitiva, acabarían por frustrarlo.

La otra cuestión considerada desde el inicio de la obra es la concerniente al proyecto petrolero. Como es conocido, en 1936 se inició en Bolivia el proceso de nacionalización de los recursos petroleros. En diciembre de ese año se creó la empresa estatal "Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos" (YPFB), que terminaría concentrando la producción y la comercialización del petróleo en ese país; en enero del siguiente año se le asignaron zonas que se encontraban bajo reserva fiscal; y, en marzo, se decretó la caducidad del contrato con la Standard Oil Company de Bolivia, cuyos bienes, acciones y derechos pasaron a integrar el activo de la nueva empresa estatal. Después, se le dotó de una ley orgánica y se le confirió el monopolio de la importación y distribución de carburantes. A partir de estas acciones, el petróleo pasó a constituir, sin duda, el producto que más concretamente podía potenciar la efectiva complementación económica paraguayo-boliviana y, a su vez, un factor clave de las relaciones comerciales y políticas de Bolivia con Argentina y Brasil. Pues bien, a principios de 1939, integrantes de la elite política de los dos países sostenían que el petróleo de Bolivia podía venderse en el Paraguay a un precio inferior al de otras procedencias y que su transporte por el Chaco, desde Camiri, era incluso más fácil y económico que de allí a los principales mercados del Occidente boliviano. Esta convicción se materializó el 21 de abril de 1939 con la firma de un contrato ad-referéndum según el cual YPFB instalaría en zonas francas concedidas por el gobierno paraguayo, y ubicadas en la margen derecha del río Paraguay, plantas de almacenamiento, recepción y despacho de petróleo y almacenes para mercaderías. A partir de ese momento la construcción de un oleoducto que llegara hasta el río Paraguay se constituyó en el tema más ambicioso de la agenda bilateral.

Los sucesivos acuerdos oficiales sobre la materia petrolera así como la retórica que los rodeó son retomados en los dos capítulos siguientes, de manera particular en el tercero, en el que se da cuenta de los Acuerdos de Villamontes, firmados en el contexto del encuentro en la frontera de los presidentes Higinio Morínigo y

Enrique Peñaranda, en noviembre de 1943. Allí, los jefes de Estado suscribieron el Convenio para la Construcción de un Camino Carretero que uniera las Repúblicas del Paraguay y Bolivia, el Convenio sobre Constitución de una Comisión Mixta que estudiase las bases de un Tratado de Comercio y “*Modus Vivendi Comercial*”, el Convenio para la Construcción de un Oleoducto y un Protocolo sobre Cooperación Internacional. Sin lugar a dudas, estos instrumentos establecieron un plan ambicioso de trabajo con el que se pretendía consolidar, en forma paulatina, vínculos estrechos entre Paraguay y Bolivia.

Sin embargo, transcurrida una década de esos pactos históricos, el proyecto petrolero no se había concretado. Un conjunto de obstáculos y de inercias aparecen desgranadas en el relato a fin de dar cuenta de ese resultado, pudiendo resumirse de la siguiente manera. En lo que hace al primer convenio, establecido en 1939, las presiones del Brasil - que no veía con buenos ojos las gestiones para la provisión de petróleo boliviano al Paraguay, pues tenía interés en absorber todo ese petróleo en su propio mercado- y las del gobierno de Estados Unidos de América - que velaba por los intereses de la Standard Oil y a la vez temía que Alemania financiara el oleoducto y las refinerías en su propio beneficio- condicionaron que el gobierno paraguayo finalmente no lo aprobase. Poco después, la administración del general José Félix Estigarribia, por Decreto-Ley 1755 del 8 de junio de 1940, reguló la prospección, investigación y explotación de yacimientos de petróleo y otros hidrocarburos con el propósito de promover sus propios intereses en materia petrolífera lo que, en adelante, determinó la conducta del Paraguay. A esto se sumó, según sostiene Ricardo Scavone Yegros, la comprobación de que “en algunas ocasiones, el entusiasmo con relación al oleoducto fue aplacado por las expectativas de encontrar petróleo en el Chaco paraguayo”.

En el caso de Bolivia hay que señalar que en los años de la inmediata posguerra el petróleo producido en su territorio era insuficiente para asegurar el autoabastecimiento y llegaba con dificultad a las regiones más pobladas de ese país. Por tanto, si bien Bolivia miraba el oleoducto hasta el río Paraguay como un medio para adquirir autonomía en el manejo de su riqueza petrolífera, priorizó las inversiones tendientes a atender, sobre todo, sus necesidades internas.

Sin duda, entre los aciertos de la obra sobresale el de una concisa y a la vez muy lograda contextualización de la realidad política y social de ambos países lo que dota, a Ricardo Scavone, de una gran seguridad a la hora de explorar las distintas dimensiones de las relaciones bilaterales. Quedan delineados los cambios profundos que en la organización de ambos Estados supuso la guerra del Chaco y el papel desempeñado por la elite política en los años siguientes. En el caso de Bolivia, entre 1936 y 1939 imperó una suerte de “socialismo militar” durante el cual, si bien no se produjeron transformaciones profundas, salvo en lo concerniente al petróleo, se crearon las condiciones para llevarlas adelante. A las administraciones de David Toro y Germán Busch le siguió la del general Enrique Peñaranda. En 1943, un golpe cívico militar encabezado por el mayor Gualberto Villarroel y el civil doctor Víctor Paz Estenssoro, líder del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) determinó

la caída de Peñaranda y abrió un proceso político dramático que tuvo su punto más álgido con el derrumbamiento del gobierno de Villarroel, en 1946, a consecuencia de una escalada de violencia que culminó con el asesinato del presidente en el Palacio de Gobierno y el colgamiento de su cuerpo en uno de los faroles de la plaza Murillo. En cuanto al Paraguay, la finalización de la contienda puso término al orden liberal en lo político y económico, y se buscó dar respuesta a los problemas sociales por medio de programas ideológicos distintos, con una fuerte injerencia de los jefes y oficiales que habían combatido en el Chaco. La muerte del presidente Estigarribia en un accidente aéreo, el 7 de setiembre de 1940, abrió una época de tensiones y enfrentamientos internos que se agudizaron durante la gestión de Higinio Morínigo. Este proceso, como así también la cruenta guerra civil que asoló a la sociedad entre marzo y agosto de 1947 y las divisiones internas del partido Colorado es hábilmente descrito lo que permite sopesar eventuales relaciones entre la situación doméstica y las relaciones bilaterales pero, sobre todo, facilita la identificación de afinidades políticas entre ambos sistemas políticos.

Siguiendo el enfoque propuesto para esta investigación quedan destacadas, en distintos momentos del libro, la personalidad y la actuación diplomática de algunos de los más influyentes intelectuales paraguayos y bolivianos. En el caso de Paraguay sobresalen Justo Pastor Benítez, periodista, catedrático y ensayista, quien se desempeñó como Ministro de Relaciones Exteriores durante la Guerra del Chaco y luego estuvo a cargo de la legación en La Paz durante la presidencia de Félix Paiva; la del sociólogo y escritor Justo Prieto, a cargo del ministerio de Relaciones Exteriores durante la gestión de Estigarribia y la del historiador Julio César Chaves, quien durante la Guerra del Chaco había servido en el Comando en Jefe del Ejército en Campaña, mereciendo desde entonces el aprecio y la confianza del general Estigarribia por lo que éste le confió la representación diplomática en Bolivia. Ya para finales de los años treinta los tres eran destacados letrados, habían dedicado buena parte de sus esfuerzos intelectuales en dar a conocer la historia y las condiciones sociales del Paraguay y, en el caso de Chaves, a demostrar mediante un conjunto de estudios históricos, la justicia de los derechos del Paraguay sobre el Chaco. Por esas razones yo esperaba encontrar, en alguna sección del texto, información referida a, por ejemplo, una campaña de esclarecimiento entre la sociedad boliviana o acciones de cooperación cultural - conferencias, libros, intercambios de discursos históricos- que ayudasen a superar el desconocimiento mutuo y a establecer una efectiva confianza mutua. Pero nada de todo esto aparece o surge de la documentación presentada. Según las pruebas disponibles esto se debió a la intermitencia de los esfuerzos o bien, en el caso de Chaves, al poco tiempo que permaneció en Bolivia.

La impresión que le queda al lector de este libro -tremendamente útil para los historiadores de las relaciones internacionales- es la de frustración. Luego de más de una década, no obstante los ambiciosos acuerdos, las prestigiosas figuras que lideraron la diplomacia y el notable impulso que le imprimieron los jefes de Estado, un profundo desconocimiento siguió separando a las sociedades paraguaya y boliviana.

na, a sus gobernantes, a sus intelectuales, a sus hombres de empresa, a sus medios de comunicación. Además de frustrante, el resultado es paradójico, habida cuenta de que los dos países vivían “crucificados por la tiranía geográfica” y esa fatalidad común parecía condicionarlos a que, en materia internacional, ajustaran un ritmo paralelo y aspiraran a idénticos objetivos sustanciales. Más esto no ocurrió ¿Qué faltó? ¿Sinceridad, persistencia, voluntad política? ¿Quizás la diplomacia no supo captar lo esencial de las diferencias entre ambas sociedades ni hacerlas visibles a los gobernantes y las opiniones públicas? ¿Tampoco supo identificar los medios para concretar los grandes proyectos que se plantearon? Quizás la respuesta esté, en efecto, en la lapidaria conclusión a la que Luis J. González arribó en 1947 en el ensayo *Paraguay, prisionero geopolítico*: “Ambas diplomacias se extraviaron en los meandros rutinarios e inoficiosos de siempre: discursos, banquetes, brindis y palabras, palabras y palabras...”.

Liliana M. Brezzo
CONICET- IDEHESI-IH/UCA